El sabor de la sangre la hizo exclamar:

—¡No me gusta como saben los hombres!

Ahora Marisol podía decirlo con razón. Acababa de saborearlos en toda su esencia.



La Novela Sugestiva

4



HEMEROTECA MUNICIPAL ★ MADRID

50 EDUARDO M. DEL PORTILLO CTS

UN MARIDO COMPLACIENTE

UN MARIDO COMPLACIENTE

La Novela Sugestiva

UN MARIDO COMPLACIENTE

por

EDUARDO M. DEL PORTILLO

Ilustraciones de
M E L

4

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID



EINTE años cumplía Carmen Laura el día mismo de su matrimonio con Gerardo Rives, su camarada en la compañía dramática del teatro Tirso de Molina. Cuarenta años confesaba Gerardo, y, sin embargo, su aspecto era el de un caballero maduro (cerca ya del medio siglo), que cuidaba y atildaba su persona con prodigios de tocador.

Toda boda es siempre un acto de publicidad peligrosa, mucho más si marido y mujer están alejados en sus ilusiones primerizas por una distancia de veinte años... ; veinte años, en el caso de aceptar como buena la confesión de edad del señor Rives (Gerardo), primer actor de carácter.

La gente murmuradora censura al hombre que desposa a niña o mujer que, a contar los años, podía ser su hija. ¿Por qué al hombre? En este caso que el novelista presenta, dijérase revivía el mito

de Fausto. Más justa fuera la crítica—aunque en toda crítica hay un placer de destrucción, algo así como la envidia del impotente—si clavase sus uñas en la carne mórbida de Carmen Laura. En vez del:

—¡Qué loco hombre!—con que se anatematiza, o poco menos, al marido; en vez de eso:

—¡Qué falta de sentido moral el de esa mujer!—condenando el hecho real de un consentimiento a ser vendida, entregada por torpe egoismo.

Como toda boda, decíamos, la de Carmen y Gerardo se realizó con su cortejo de burletas, donaires y envidos humorísticos. El más piadoso, comentó:

—¡Qué suerte la de él si enviudara pronto!

El sentimiento de la materia se expuso descarnadamente:

—Menos mal que todavía la paloma está tierna. A la edad de Gerardo el diente varonil tiene débil el impulso.

¡Empecinado Gerardo!

—Cuarenta años cumplí en agosto...

—Y tan cumplidos.

—¿No eras ya galán joven la última temporada que hizo don Antonio Vico en Novedades?

Al día siguiente de la boda, el ensayo se convirtió en una sesión de vayas picarescas:

—¿Se pasó bien la noche?

—¿Te cansaste mucho?

—¿Durmió tranquila tu mujer?

—Oye, gallo viejo, ¿cantas victoria?

Todo lo sufrió Gerardo, menos lo de gallo viejo. El silencio se rehizo gracias al vocablo violento. La broma enmudeció allí, en la presencia del marido; pero en la mesa del café reapareció con mayor encono y virulencia.

La mesa del café es siempre, y sobre todo en reuniones de cómicos y literatos, algo terrible, digno de atención por parte de las autoridades sanitarias. Algo que merece ser extirpado.

Cuerpo y alma—las dos cosas respetables del ser humano—fueron desnudos sobre el mármol impóluto. Sin embargo, en aquella unión existía una cosa verdadera, noble, desinteresada: el amor de Gerardo a su mujer. ¡Qué lástima que no volviera en aquella ocasión sobre la tierra, diabólica y generosa, la figura de Mefisto!



ERARDO Rives había conocido a Carmen Laura dos años antes, al entrar a formar parte de la compañía en que aquélla figuraba como dama joven. La fama, con una base firme de muchos años de trabajo en el escenario del teatro Municipal, le hizo figura imprescindible de la nueva compañía del Tirso de Molina, que, a su vez, ambicionaba convertirse en el teatro más selecto y prestigioso de Madrid, y poseer, en autores y actores, la máxima autoridad.

Carmen Laura, victoriosa desde la interpretación de cierta comedia blanca que fué durante todo un año el gran atractivo de otro teatro, el Castrogeriz, se vió requerida, también por entonces, para incorporarse a la gran compañía del Tirso.

A Gerardo le sorprendió, ante todo, la voz de Carmen, una voz como rota, en la que siempre pa-

recía temblar algo: un suspiro, un gozo, una pena...; voz admirable, con una vibración semejante a la del cristal finísimo tocado por una sutil lámina de plata. ¡Y luego aquel arte para emitir las más delicadas frases, transmitiendo al público emociones inolvidables!

Ya a sus años, Gerardo pensó menos en lo físico que en lo espiritual. Conmovido por el genio dramático de la actriz tanto como por su apariencia ingenua, reflexionó un día:

—¡Qué alma debe tener esta criatura! Y qué pena: acaso se contamine pronto de los vicios y las malas pasiones que enrarecen esta atmósfera del teatro.

Creyó que la cercaban y la perseguían alientos impuros como deseos lujuriosos; temió que aquella virginidad de pensamientos y de sentimientos se viese algún día manchada por las influencias obscenas y por esa madre de las grandes catástrofes morales que se llama la vanidad.

Nació entonces en el pecho de Gerardo uno de los más nobles sentimientos: la compasión, y a su arrullo, blando y paternal, empezó a desarrollarse en él una inquietud muy dulce.

De ese modo, por la senda de los dolores sentimentales, llegó al amor, que, así como para otros se representa entre los rosales de un jardín de mayo, a Gerardo se le apareció como en un campo arrasado ya por la hoz del estío declinante.

Amó mucho a Carmen Laura con un amor que

casi no parecía de este mundo, porque estaba limpio de todo anhelo carnal.

Siempre alerta en acecho de las pasiones juveniles que pudiesen amenazar a la joven actriz, casi presintió la proximidad del peligro, encarnado en la figura del galancete de la compañía, se apresuró a ensanchar las distancias.

Carmen Laura, empero, entregada por completo a su arte, hubiera seguramente rechazado la proposición de Rives. Mas éste gallo viejo, que diría su camarada el actor cómico, espetó su pretensión a través de la respetabilísima mamá de la damita joven.

Le hizo consideraciones de indiscutible peso: el peligro de los jóvenes, la oportunidad del consejo experto y sabio de un hombre «*ya* de su tiempo»; su influencia en el teatro, su amistad con autores y periodistas, su sueldo, en fin...

Respecto a Carmen Laura, la defensa, el apoyo varonil de un hombre «que no pierde la cabeza», el poder dedicar su sueldo a sus trapitos y caprichos... ¿Y las cuentas de la modista?

En principio, a Carmen la proposición le pareción inaceptable. Mientras su mamaíta la abrumaba con razones, ella la respondía con una sola razón, inapelable:

—Es tan viejo...

—¡Qué ha de ser viejo! Un caballero en la flor de la edad. Si tendría apenas *unos* cuarenta años. Total... veinte más que tú. ¡Así debieran ser los

maridos! Hombres con seso y experiencia, y no chiquilicuatros sin formalidad ni lugar donde caerse muertos. ¡Ella se había casado a los dieciocho años, su primer marido, con un hombre de cincuenta!

Carmen se quedó atónita ante aquella solemnísima mentira, pero por temperamento aceptaba siempre los argumentos maternales, por disparatados que éstos fuesen.

Reconocía que Gerardo era un hombre simpático, cuidadoso de su persona, ameno, muy atento para ella. Presintió que, de aceptarle por marido, antes que un obstáculo para realizar sus anhelos hallaría en él ayuda poderosa; y en lo íntimo estaba segura de ser ella la que predominase.

Luego, el cerco insistente de la madre; su porfiar constante:

—Los hombres jóvenes son egoístas, fingen celos a lo que es sólo una tiranía injusta. En cambio, Gerardo... Un esclavo mismamente.

La gota de agua horada, al fin, la piedra. Poco a poco la idea del matrimonio dejó de parecerle un disparate.

—Después de todo, Gerardo es un hombre presentable... No es celoso. Me consiente cuanto yo quiero. A su lado sería muy pronto la primera actriz...

Al cabo de los meses, Carmen Laura se despertó un día con talante de gravedad. Toda la mañana

continuó cejijunta y hermética. Antes de ir al ensayo llamó a la vieja:

—Mamá, ven conmigo al ensayo y habla con Gerardo. Estoy dispuesta a casarme con él.

—Muy bien, hija mía. No niegas la casta. Tienes mucha trastienda, mi lucero.

Aquella tarde se le acercó sonriente Gerardo.

—Carmita, ya me ha dicho su mamá...

—Sí.

—Es usted muy buena conmigo.

—¿Quién, yo? ¡Bah!

—Le doy a usted las gracias.

—Déselas usted a mamá.

Ya novios, hablaron así:

—La Méndez no es mejor que yo, ¿verdad?

—¡Qué ha de ser!

—Entonces yo puedo llegar a primera actriz.

—Ya lo creo. Con más razón que muchas.

—¿Y lo seré?

—Lo serás. Yo te lo prometo.

—¿Tardaré mucho?

—Muy poco. Antes de un año.

Apenas habían pasado dos semanas, Carmen y Gerardo se tomaban los dichos, y un mes después, en los comienzos de la temporada otoñal, se «verificó el anunciado enlace», al decir de los gacetilleros periodísticos.



UALQUIERA adivina cómo se alcanza la felicidad! Cree el novelista que a lo más que se puede aspirar es a simulaciones de la dicha, harto falaz, según diría el P. Coloma, y, desde luego, demasiado breves.

Gerardo muy bien podía creer en la felicidad.

—Soy dichoso—confesaba.

Y no mentía al decirlo. Ya era el marido de Carmen Laura, a quien adoraba, que adorar es el matiz más sereno y tranquilo del amor.

Quiere el niño, el mozo. Ama el hombre. Adora el viejo. La pasión es, como un rapto delirante, que puede darse en cualquier edad. La misma violencia la hace transitoria; gracias a su condición efímera, no causa mayores estragos en la humanidad; sin embargo, algún estigma deja. La pasión es algo así como la meningitis del amor.

También Carmen Laura *quería* al marido. Gracias a sus cuidados y desvelos había conseguido un avance rápido en su carrera. Los consejos de Gerardo le habían servido de mucho. Corrigió defectos y rectificó algunos errores en buen arte dramático. Consiguió una completa información acerca de valores escénicos que ella desconocía. Se orientó en sus gustos y aprendió a escoger sus lecturas.

Gerardo, tan comedido y discreto en cuanto a su personalidad se refería, se hizo, por su mujer, intrigante, pedigüeño y adulador. Merced a favores, no exentos de ciertos vislumbres de justicia, consiguió para ella un trato excepcional de la crítica de Prensa. Y en fuerza de halagos y solicitaciones, obtuvo la preferencia de los autores famosos. Estos méritos contraídos obligaron a la Empresa a mimar a su dama joven, que muy pronto—un año después de casada—ya era la primera figura femenina de aquel teatro.

¿Qué le faltaba a Carmen Laura para su consagración artística definitiva? El Tiempo, con letra mayúscula. Y también la obra. La comedia de autor consagrado—consagrado; sinónimo: momia o carcamal; en el teatro no espera nadie nada de la juventud. ¡En el teatro!, que debía ser todo vibración, dinamismo... Así está el teatro...—; la comedia del señor eminente, cargado de años y de ensoberbecidas experiencias. ¡Ah! Cuando la comedia llegase...

Sin embargo, el juicio de los inteligentes era contradictorio:

—Esta chiquilla, larva de gran actriz, necesita unos años más... y quemarse en las hogueras de diferentes pasiones...

—¡Pobre marido!

—¡Qué se le va a hacer! Por eso los artistas no debieran casarse en un país que hace del matrimonio una esclavitud. Como el artista se debe a la obra, necesita vivir lo que luego ha de transformar en labor de arte. No se puede fingir lo que se desconoce. El grande artista, el que llega al corazón del pueblo y lo conmueve, tiene que poner más corazón, más latido cordial que cerebro. Mezquino afán el suyo si no lo consigue.

Continuaba siendo Carmen Laura una actriz de la que podía esperarse algo genial.

* * *

Un día llegó al camerino de Carmen la figura simiesca de don Bienvenido Azagra, cumbre de la Dramática contemporánea, empedernido ajedrecista y protector inconstante de actores y empresarios. Su versatilidad le llevaba de acá para allá con la lengua de ofidio siempre punteada de alfileres, los cuales iba clavando en las famas ajenas; con su única constancia, el ajedrez, que imponía a sus contertulios con un tesón en él inverosímil.



—Mamá, ven conmigo al ensayo

Don Bienvenido era un mal ajedrecista; pero siendo aquella su mayor vanidad, el grupo de aduladores sabía lo peligroso que resultaba contradecirle, aunque mucho más grave aún hubiese sido ganarle una partida.

Los contumaces pelotilleros que rodeaban al glorioso Azagra, se dejaban ganar invariablemente. Y ¡ay del que así no lo hiciera! A partida de ajedrez perdida, comedia o repertorio retirados.

Don Bienvenido comadreó en el cuarto de las damas:

—Carmita; este mes le va a aumentar extraordinariamente el vestuario.

—¿Y eso?

—¡Le van a cortar una de trajes las primeras actrices de otros teatros...!

—¿Por qué, don Bienvenido?

—Pues, porque creo... te voy a tutear, ¿sabes? Tengo setenta años y ya no soy peligroso...; eres, sí, muy buena cómica y te voy a dar para tu beneficio una comedia.

—¿Suya?

—Naturalmente, pequeña. Mía, mía; no creas que es de ningún autor francés, como las de Ardid.

—¡Qué alegría, qué gusto, qué felicidad!

—Bien, bien. Todo eso quiero que me lo digas después del estreno; antes, no.

Nunca faltan espías en los escenarios y en los pasillos de los camerinos; gentes, con alma ruin,

o simplemente seres serviles que, cuando no tienen nada verdadero que decir, lo inventan. No extrañe por esto al lector que, apenas hubiese terminado de hacer su promesa don Bienvenido, cuando ya entraba el empresario en el saloncito que precedía al tocador de la actriz.

—¿Es verdad lo que me han dicho?

—¿Y qué sé yo lo que le han dicho?

—Que nos va usted a dar una comedia original.

—Pues no es verdad.

—¿Cómo?

La propia Carmen tembló.

—Que yo ne le doy a usted, ni a otra persona de la compañía, comedia alguna. Mi promesa es para Carmita..., si ella quiere hacerla en su beneficio.

—¡No ha de querer, don Bienvenido!

—¡Y usted qué sabe, hombre de Dios! Yo la prometo a Carmita, se la ofrezco a «ella», y es «ella» la que tiene que dar el sí o el no.

—¿El sí o el no? Como si empezase usted ahora.

—Y empiezo... Todos estamos empezando siempre y, si alguna vez no lo creemos así, pensamos en que ya hemos llegado, no lo crea usted, no hemos llegado; lo que hemos hecho ha sido terminar.

—¡Qué grande es usted!

—Ya se conoce que no es autor dramático.

—No entiendo...

—Si fuese usted también autor, pensaría que soy la más vulgar e insignificante cosa que vive.

—¿A su altura, enemigos?

—¡Benditos sean! Los enemigos nos hacen. ¡Pobre del que ya no tiene quién le combata y le niegue el pan y el agua.

Entró en el cuarto Gerardo Dives, vestido y caracterizado para la función de aquella noche. Temblándole la voz de emoción y de gratitud, con las pupilas mojadas por la alegría, balbució:

—Muchas gracias, maestro. No soy nadie; no es por mí; es por ella, por mi Carmita.

—No se haga usted ilusiones, Gerardo. *Su* Carmita no es suya; es del arte.

Afirmó conmovido:

—Lo sé, maestro. Pero si así es feliz, yo gozo de la mayor dicha con ello, aunque no fuese nada mía...; aunque a su lado me convirtiera en un trasto. ¿Ella alcanza su ventura, ella goza? Pues ya estoy pagado.

—Amigo Rives: es usted un ser de alma superior.

—No, por Dios. No crea que todo esto es desinteresado... Tiene, también su parte de ogoísmo. Es que de esta forma yo hago mi felicidad.

—Tiene usted razón. Viejo como el mundo es el goce por el dolor.

Los estrenos de don Bienvenido, al cabo de veinte años de indiferencia, tenían ahora una re-

sonancia máxima; ingrietaban y apasionaban como un combate de Uzcudun. Todo Madrid se vesticalizó con la noticia, semejante a un metálico pez aéreo que cruzase el aire nocheriego de los cafés y de las redacciones madrileñas. Este pez metálico tuvo por pilotos espontáneos a cuantos conocieron la nueva:

—Azagra le ha entregado una comedia a Carmen Laura.

—¡Qué suerte de niña!

—¡Esa es la consagración definitiva!

—Con tal que no sea un camelo retórico.

—Ahora puede resarcirse la empresa de la pérdida sufrida.

—Perderá, si persiste en largarnos latazos clásicos.

—Si no hace propaganda...

—El que no anuncia, no vende.

—¡Que se calle ese agente de publicidad!

—Le subirán el sueldo a la Carmen Laura.

—Hay que ir a reportearla.

—Bien aplicada la palabra. ¡Abajo la palabreja interviú!

—Que invente «Chín-Chín» un reportaje nuevo.

—Sí. «¿A qué hora le gusta tomar el chocolate?»

—Es un idiota «Chín-Cchín».

En el café—¿cómo no?—se habló mal de Carmen Laura y de Gerardo Rives. Se calificó de

senilidad el acto de don Benjamín Azagra. Pero, ávidamente, se preguntaban unos a otros:

—¿Tiene título?

—¿Hay que vestirla?

—¿Mucho gasto?

—¿Quién hace el decorado?

—¿Cuántos personajes tiene?

—¿Ha entregado los tres actos?

—Dicen que tiene dieciocho cuadros.

—Y que la acción pasa en Liguria, reino imaginario.

—Se titula «Sin amor».

—No. Me han dicho que aún no tiene título.

—Llevará un nombre largo.

—Chocheces de don Bienvenido.

—Pachorra de Gerardo Rives, que se deja ganar al ajedrez.

—Dicen que Gerardo fué el ídolo de don Bienvenido en sus extravíos de joven.

—Pero Rives, no.

—Rives, no; pero Azagra, sí.

En horas veinticuatro, que dijo el clásico, el nombre de Carmen Laura ganó la popularidad. Su retrato, ya sin excitaciones amistosas, ni recursos del favor, se apropió de las primeras planas de los periódicos. Fué víctima del asedio de reporteros de segundo orden, que buscaban el celestinaje de la entrevista para justificar la firma al pie de sus escritos. Soportó el humazo de los magnesios. Por fin, quedó en segundo plano

el día que un periodista sensacional mintió esta noticia:

«Se plantea un conflicto en el Teatro Tirso de Molina.» «*Don Bienvenido Azagra amenaza con retirar su comedia, si no contratan para estrenarla al galán joven Jaime de la Concepción.*» «¿Qué dice la primera actriz, Carmen Laura?»

Ni Carmen Laura decía nada, ni era verdad lo del conflicto provocado por un capricho del insigne autor.

Todo había ocurrido normalmente, sencillamente.

Al hacer el reparto de la obra, don Bienvenido expresó su deseo de que fuese contratado un galán desconocido en Madrid, que en Méjico y Centro-América gozaba de fama extraordinaria, conseguida precisamente con el repertorio azagrino. No hay que ponderar con qué celo y prontitud fué satisfecho el deseo del comediógrafo.

El empresario del teatro quiso enviar un suelto de rectificación.

—No sea usted tonto—disuadió don Bienvenido—. Al buen callar llaman Laucho... y ahora se encuentra usted con un reclamo gratuito; aprovéchese de él y deje decir...

Hábil reclamista. Malicioso insinuador. Maestro en dar que decir..., prometió:

—La víspera del estreno haga correr la noticia de que yo he retirado sus butacas al crítico de ese

periódico. Que hablen... que hablen. Eso es bueno.

Se prohibió el acceso de los fotógrafos de Prensa al ensayo general.

Durante un mes se ocultó el título de la comedia. «Otra sin título» se venía anunciando. Por fin, cuatro días antes, cartelones inmensos inundaron todo Madrid. «La juventud tiene sus derechos».

Mucha gente se sintió defraudada:

—Pues no me gusta el título.

—¿Para esto tanto misterio?

—Ese título — decía un suspicaz—«huele a clave».

—«¡Chí lo sá!»

—¿Y el galán nuevo?

—Creo que es notable—uno.

—Me han dicho que es un camelo—otro.

—No tiene nada de afeminado—el primero.

—Entonces, ¿cómo lo recomienda don Bienvenido?—el segundo.

—¡Cómo está el teatro! Casi todos los galanes jóvenes son mariquitas.

—¡Ay, por Dios!

Al que no le hizo gracia el nuevo actor fué a Gerardo Rives. Aquel galán americanizado tenía aspecto de hombre cierto, lo que no excluía la delicadeza de facciones y de cuidados en el indumento. Apolíneo, varonilmente bello, moreno.

Un tramoyista tuvo una frase, que comentaron mucho las mujeres de la compañía:

—Nos han traído a don Rodolfo Valentino.

—¿Quién será su Pola Negri?

En el acto segundo, la dama y el galán joven tenían una escena apasionante:

—Aquí, don Bienvenido, si el personaje que yo represento es de carne y hueso, con pasiones, yo tendré que rasgar el vestido de la señora y, en vez de besar, morder....

—Naturalmente.

—¿Lo permitirá ella?... Como estamos en España.

—Sí, sí—silbó la vocecilla del autor—. Estamos en España, pero hay que quitarle al teatro ese costrón bizantino, que tanto le daña.

—Entonces, ¿lo hago?

—Consúltelo con la primera actriz.

Carmen Laura vaciló.

—¿Qué le parece, maestro?

—Que Jaime tiene razón. Además, usted es artista y sólo como tal puede y debe sentir. La mujer o el hombre, en el escenario, no existen.

Gerardo Rives, testigo de la consulta, había palidecido.

—Usted no cree, maestro...—se atrevió a decir.

No acabó.

—No se deben falsear los caracteres—disculpa-



—¡Qué alegría, qué gusto, qué felicidad!

ba su mujercita—. Estamos en el teatro. Me debo a mi papel, al público... Tú eres artista.

—Nada, nada... Me callo.

* * *

El estreno constituyó un acontecimiento, y el primer acto un gran éxito. El éxito, más que nada, era de asombro:

—Pero este Azagra, a sus años, tan atrevido, tan viril...

—El galán es notable.

—Carmen Laura está maravillosa...

El segundo acto alcanzaba intensidades inesperadas.

—Esto es echegarayesco.

El marido, sombrío, acechaba desde la primera caja de entre bastidores. Asombrado por el brío y la pasión que *su* Carmen daba al personaje, creía desconocer a aquella muchachita tan serena. Pero, ¡qué demonio! Si estaba representando una farsa. Lo que él veía era la expresión de su genio de artista.

De pronto, alguien gimió. Llegaba la escena temida. Jaime de la Concepción había gritado apasionadamente:

—«Criatura de nieve: si tú no has amado, si no sabes qué es eso... Me desesperas, me enloqueces... Te quiero..., pero, no. ¡Te odio! ¡Te odio!»

Y como la obra mandaba, rasgó vestiduras, mordió los hombros ebúrneos y besó frenético los labios de Carmen; la apretujó, la estrujó...

Carmen Laura había gemido y aquel extraño lamento resonó destructor en el corazón de su marido.



XITO indescriptible el de la gran comedia de don Bienvenido Azagra, «La juventud tiene sus derechos». Triunfo pleno imponderable, grandioso, el de Carmen Laura, y sorprendente impresión la causada por el galán joven.

Los pasillos de los cuartos se inundaron por una masa de cuerpos *empujados,* de caras radiantes y ojos desorbitados; de brazos como palos de bandera; de seres que vociferaban, apretando a don Bienvenido y destrozando las manos de Carmen Laura, que se tendían inconscientemente hacia todos, sin saber a quién pertenecían los clamores. Era algo frenético, de manicomio:

—Maravillosa, Carmen.

—Qué triunfo, don Bienvenido.

—¡Qué hallazgo el de ese actor joven!

—La obra es sespiriana.

—¡Cá! Superior en humanidad a lo mejor de Shakespeare.

—No tanto, no tanto...—eludió Azagra.

* * *

Al día siguiente los periódicos dedicaron la mayor parte de sus páginas a información y comentario del espectáculo triunfal. Hasta los críticos se rindieron a la evidencia.

—No podemos criticar—venían a decir en tono casi unánime—la obra azagrina estrenada anoche. Su hermosura de concepción, el aliento titánico que la impulsa, alcanzan cumbres insospechadas, que presentan a don Bienvenido como una figura gigantesca que jamás había demostrado estas características vigorosas.

Gerardo, borracho de felicidad, deslumbrado por la gloria de su mujercita, había olvidado los recelos de la noche anterior.

Pero ahora, mediada la segunda representación del drama, aproximándose al momento de la descarnada escena, volvió a recordar y también tembló.

¿Fué una alucinación suya? Juraría que el galán olvidaba palabras del libro y decía a media voz:

—Te quiero, Carmen.

¿Y fué la voz de ella la que suplicó rendida:

—¡Calla!...

Le dolía algo en mitad del pecho.

—¡Qué cómica más grande!—exclamó el empresario a su lado.

Una voz aduladora añadió:

—¿Y él? Cómo besa en esta escena...

—Creo haber dado con la obra del año.

—De muchos años.

Tuvo que retirarse del escenario asfixiado; la angustia se agarraba a su garganta: Ya en su cuarto hundió la cara entre las manos y se acongojó:

—¡Dios mío!

Era evidente que Carmen Laura se había estremecido de placer entre los brazos de Jaime de la Concepción. Lo probaba su repentino y hosco silencio con respecto al marido... La mirada incierta. El cerco azul de sus ojeras. Los movimientos ligeros y poco perceptibles con que evitaba su contacto... Todo, todo lo sentía en su carne Gerardo con *tics* acelerados.

—¡Estoy perdido!—Carmen desea al hombre joven y, seguramente, me aborrece...

¿La perdería? No. Se consideraba capaz de arrancar los celos de su corazón, de fortalecer su ánimo de tal manera, que nadie descubriera su pesar..., ni ella misma. ¿Amaba carnalmente Laura a Jaime?... Pues nadie sospecharía que él se resignaba. Una sola cosa quería, sí; que su mujer, tranquila en su libertad, en su impunidad, no concibiese la idea de abandonarlo.

Y fingió una confianza, una fe y seguridad tales en su mujercita, que se agrietaron muy pronto los miedos de los amantes. Muy poco tardó en comprobar la evidencia de su desdicha. Carmen y Jaime se amaban, y la entrega mutua se trasparentaba en sus actos.

—Mi marido no sospecha. Ni concibe siquiera que mi temperamento se haya apasionado por ti.

Sereno el ánimo, los condujo a imprudencias que denunciaron bien pronto la verdad de los hechos. Sólo Gerardo parecía no sospechar, no ver...

—¡Pobre marido!

—Ya lo han coronado.

—Que se fastidie. ¿Quién le manda casarse con una mujer tan joven?

—Ella es una *tía*.

—Hombre, no. Ya lo dice el maestro en su comedia: «La juventud tiene sus derechos.»

—¿Y por qué se casó entonces?

—Por medrar, por encumbrarse pronto con el auxilio de un hombre ilustre.

—Que viene a probar lo exacto de mi calificativo: es una *tía*.

—Tanto, no. Como muchas mujeres, tiene falta de sentido moral.

—¿Se llama así a la poca vergüenza? Entonces, bien...

* * *

Un día sorprendió Gerardo un gesto inequívoco de Carmen Laura. No pudo oír las palabras que le decía a su amante, pero estaba seguro de que acababa de plantearse el desacuerdo entre ellos; quizá, todo terminado.

Por la noche tuvo la prueba de su sospecha. Dulcemente, cariñosamente, le pidió su brazo:

—Estoy cansada. Déjame que me apoye en ti.

Más tarde, en su casa, insistió:

—Dime algo... Bésame. Hace mucho tiempo que no me besas.

Y Gerardo volvió a ser feliz. Recuperaba a su mujercita. Ni una alusión... Volvía agitada, y él le abría su pecho para el descanso y su amoroso cuidado para restañarle las heridas. Pensó con ilusión nueva:

—Todo ha pasado, y ahora es mía. Me quiere; esta es la verdad más hermosa.

Pero algo inesperado vino a romper el encanto. Carmen Laura oía complacida los requiebros de un joven amigo que frecuentaba la tertulia del saloncillo, ocultando aún sus propósitos de querer leer una comedia a la compañía. Entonces fué cuando el actor se sintió viejo. Hubiera querido dormir el sueño interminable. ¿Valían realmente sus afanes, lo que a cambio de ellos le devolvía la suerte? Ingratitud y vileza eran el pago de sus ternuras y desvelos. Quizás tuviesen razón los que acusaban de delito el desposorio de mujer

joven con hombre viejo, igual que si fuese un acto contra naturaleza.

—Es un vicio, una degenración.

—Pero si yo no quiero más que su alma y su dicha.

Tuvo una desolante sospecha:

—¿Será *esa* su felicidad?

De nuevo calló, resignado.

—A lo mejor, yo, con mi egoísmo de viejo, he hecho infeliz a esta mujer. Tanto quise labrar su felicidad, que la destruí...

No acababa de confesarse que edificaba una dicha hipócrita, enmascarada. Fingía—y acasó lo pensó lealmente—crear para Carmen una venturosa existencia, cuando, en verdad, su íntimo deseo era el propio bienestar, el suyo. Era él *quien* adoraba. Pretendía, por tanto, la paz de su propio espíritu, el contento de su propio corazón.

—He sido egoísta. He mentido. Pensé más en mí que en ella. Inconscientemente he esclavizado a una niña; y ahora, que ya es mujer, busca, naturalmente, un ápice de su independencia.

Pensó en limpiar de egoísmos aquel amor, arrancándole las impurezas opresoras, semejantes, por su coerción, a esos promontorios de algas que desde las profundidas marinas amenazan a los navegantes en su ruta. Se sacrificaría.

* * *

De todas las prisiones se escapa el alma. Cabalga el espíritu en el pensamiento y por encima de ligaduras y encierros aquél vuela y el alma se liberta. La de Carmen Laura buscaba su satisfacción huyendo de Gerardo hacia otras pasiones. Sí. Se sacrificaría. Que ella hiciese su santísima voluntad. Aunque su resignación fuera indigna. Cualquier renunciamiento valía la pena de conservar aquella criatura. Su vista era un regalo. Su gloria, a la que él tanto había contribuído, su mayor satisfacción. Oírla, una delicia. ¿Qué importaba lo demás?

En todo momento él estaba seguro de que volvía a verla, de que no la perdía.



LGO descubrió el marido en esta nueva pasión de su mujer: Carmen Laura lloraba... ¡Ah! Eso sí que no. Hacer sufrir a su amorcito, no. ¿Pero es que se ama así? Es que el dulce sentimiento por el cual la humanidad lucha y conquista y se preocupa, ¿ha de llevar consigo un cortejo de lágrimas y tormentos? Entonces, el amor ¿es un castigo?...

Muchas veces tuvo intención de preguntar lo que damasiado sabía: por qué lloraba. ¿No hubiera sido obligarla a mentir?... Y en toda mentira, ¿no hay un principio de maldad?... ¿De maldad?... El dolor llevaba a Gerardo a los mayores extremos. No siempre la mentira deshonra. Se miente por piedad, por amor, por evitar otros males. Se miente por necesidad. Hay ocasiones en que una verdad tiene el propósito de hacer

un daño y entonces el labio embustero es honrado y el verídico miserable... Lo importante era ser bueno y él lo sería por encima de todos los perjuicios, evitando a Carmen la mentira. ¡Si él no quería que ella sufriese! Su gran tortura era esa: verla llorar, y, ¿por quién? Por aquel mequetrefe de veinticinco años, inconstante, cruel, gustoso y pretencioso de ver sufrir a una mujer.

¿Tanto amaba Laura a aquel estúpido?... Aspecto de niño mal criado, estampa de esa figura grotesca actual que se llama un «castigador»; cabeza rebelde, cuerpo atlético y también... sabía hacer versos... ¡Redentor divino, qué peste de mocedad! Y poeta... ¿Conocíase mayor desdicha?

Este era el autor novel que la primera actriz había descubierto. Quería imponerlo a la empresa. Bien. El pasaba por todo; por todo, menos porque la torturase. *Ahí* se acabarían las contemplaciones.

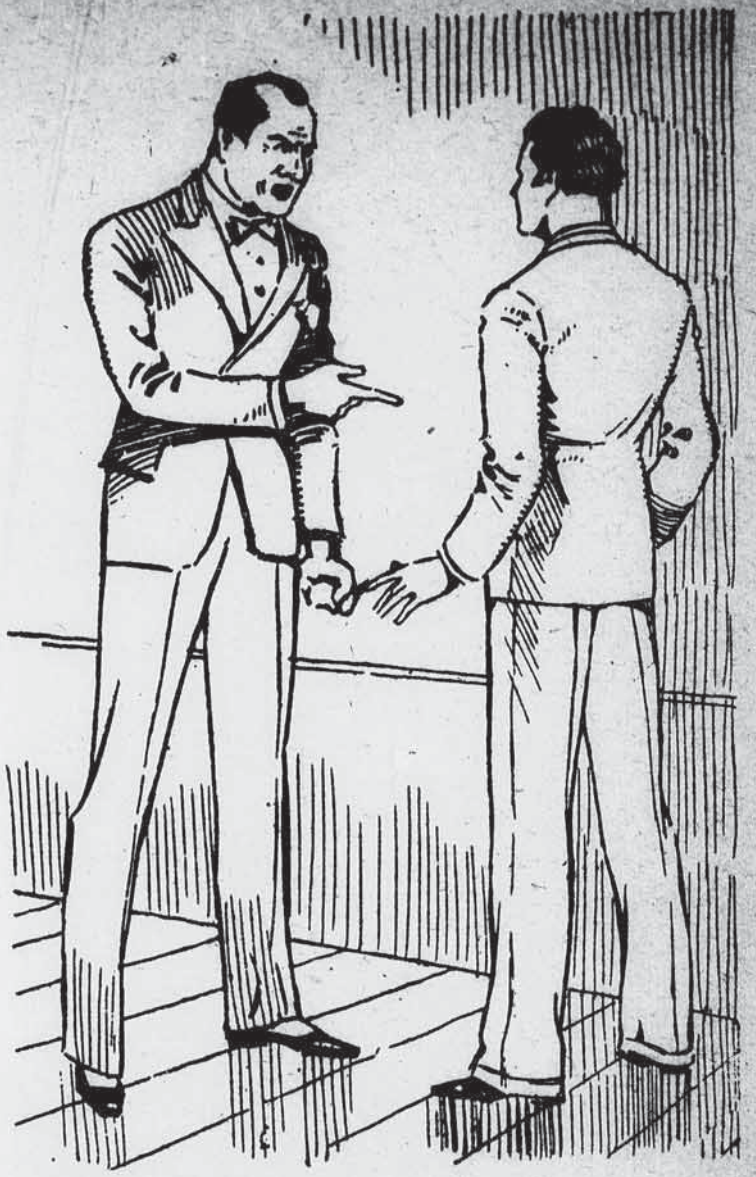
Y un día, Carmen, *su* pobrecita Carmen, llevaba una vida de celos y de lágrimas, que era de todo punto intolerable. Aquella misma noche se iba a aplicar el remedio. Y lo aplicó.

—Escuche, jovencito. Quisiera pedirle un favo.

—Usted dirá, señor Rives.

—Es un favor bajo palabra de secreto absoluto; de hombre a hombre.

—Me alarma usted.



—¡... De lo contrario, le mato!

—No tiene por qué. Estoy enterado de las relaciones que existen entre mi mujer... y usted.

—¿Cómo?

—No palidezca, ni tiemble, porque no le voy a matar.

—Entonces...

—Le voy a imponer dos cosas; a *imponérselas,* ¿se entera usted bien? Primera: si alguien vislumbra que usted y yo hemos tenido esta entrevista, le aseguro que donde se esconda le busco y lo mato. Segunda: mi mujer lo ama a usted... intente no hablar, porque no le dejo; usted no merece ese cariño, ni es usted hombre para hacer sufrir a aquella criatura. Escoja usted: o dejarla, abandonarla inmediatamente, o hacerla feliz.

—¿Qué dice usted?

—No estoy loco... o quizá lo esté, no sé. Lo que no soportaré es que ella vierta una sola lágrima más... La primera que debe ignorar esta entrevista es ella... No olvide que yo cumplo lo que prometo.

El joven quedó inmóvil. La sorpresa lo paralizaba. ¿Qué clase de marido era aquél que insultaba al querido de su mujer... *porque no la hacía feliz*?

—«La hace usted dichosa, o la deja... De lo contrario le mato»—había amenazado.

Deseó con toda su alma que nadie los hubiera visto, porque tal bruto era capaz de cumplir su amenaza. ¿Sería aquel hombre un degenerado?

—No. Aunque él lo fuera, estaba seguro de que Carmen lo quería de veras, lealmente, *aburrida del viejo,* conquistada por el triunfo de su juventud y el prestigio de sus versos... El caso, sin embargo... En fin, adelante con la aventura.



Carmen Laura fué feliz con una felicidad radiante, contagiosa. Tan alegre, Gerardo gozó viéndola reír y oyéndola cantar, cosa que hasta entonces jamás hiciera, y no disimuló el placer de enamorada. ¿Será exacto que sólo los inocentes o los enamorados cantan?...

Intimamente el marido agradeció al amante aquel rayo de sol que ponía en la vida de Carmen. Procedió con tan noble renunciamiento, que cuando la actriz pidió a su empresario la admisión y el estreno de la obra del nuevo autor, encontró en su propio marido un apoyo resuelto y franco.

La comedia del novel se puso en estudio, y luego en ensayo, preocupándose de su interpretación el propio Rives, con un amor... digno de su prestigio de comediante.

Para Carmen los preparativos del estreno consti-

tuyeron la primera gran ilusión de su vida. Su esperanza de novia, su juventud triunfante, anhelaron el éxito con un amor intenso y delicado, sólo semejante a esas atenciones tiernas que ponen las mujeres al preparar su canastilla de boda o hacer con sus propias manos el equipo del primer hijo.

* * *

Vivía el autor nuevo en un coquetón piso de soltero de los barrios altos de Madrid, cara a la sierra de las nieves casi perpétuas, y en él irrumpía todas las mañanas, como un pájaro libre, con risas y cantares, la juventud perfumada de Carmen Laura, que, con una lluvia de besos, rompía el sueño del dormilón.

—¡Ea, arriba, que hay que estudiar!

Ella misma, con sus lindas manos de mujer ociosa, le preparaba el desayuno y ponía después un poco de orden en el desarreglo bohemio del cuarto de hombre solo.

—Ya *me sé* los actos primero y segundo. Mira: la escena con la madre voy a hacerla así...

Y ante los ojos soñolientos del autor que mojaba en el café el pan tostado, la primera actriz ensayaba su papel, comprendido a las mil maravillas.

—Muy bien, muy bien. Eres mi musa, Carmela y vas a ser mi égida... Pero dame un beso.

Y el amor revivía sus horas más hermosas, quizá un poco frenéticas en perjuicio de su prolongación. Sin embargo, horas ilusas, apasionadas, alegres.

Cree estar seguro el novelista de que Venus y Apolo, padres inmortales, desde su trono a la diestra de Júpiter, impulsor de los más insignes adulterios, protegían con delectación de genitores aquel paréntesis de belleza y fecundidad que pintaba de rosa y de oro las mañanas de Carmen Laura.

De los raptos de pasión salía el cuerpo femíneo, calmado y delitoso, como de un baño ligeramente tibio. Gustaba entonces de los besos lentos y suaves y de cerrar los ojos para sentir con más intensidad la caricia de la mano varonil, que recorría la suave tersura de aquel cuerpo, dilatado momentos antes por el fuego de un deseo victoriosamente renovado.

Con la densidad del aire de mediodía, regresaba la mujer al domicilio conyugal, donde jamás encontró la torva mirada del hombre celoso, ni la escrutación que ofende.

Tranquilo, como ajeno a toda grosera realidad, Gerardo fingía abstraerse en el estudio del personaje próximo a representar.



L estreno de la comedia nueva pasó sin pena ni gloria. Sirvió únicamente para decidir en última instancia lo positivo del talento de actriz de Carmen Laura y de su glorioso encumbramiento. La obra casi interesó, demasiado llena como estaba de balbuceos. Un ensayito...

Don Bienvenido se encargó de los funerales retóricos, con su perversa oportunidad de maldiciente :

—Ya se sabe, señores, lo que le pasa al que con niños se acuesta...

Carmen sintió profundamente la ofensa y se rebeló contra la injusticia :

—No *hemos* tenido suerte ; pero la obra es muy bella y su autor tiene mucho talento. No es cosa de pasarnos la vida adorando a don Bienvenido. Me molestan ya los *viejos*...

El insigne comediógrafo trasladó su partida de ajedrez a otro teatro y, al poco tiempo, le retiró el repertorio.

* * *

Con aquella desilusión el amante de Carmen vió llegar su primer dolor de hombre.

—No valgo, no sirvo; he fracasado.

—No has fracasado; no digas eso, chiquillo. ¿Tú crees que ese antipático de Azagra tuvo un éxito con su primera comedia? Ni mucho menos. Es que la gente se olvida pronto de las cosas. Tú *eres* autor, mejor autor que él, y has de seguir haciendo teatro. Yo lo quiero, ¿me oyes?, lo quiero; te lo mando. Y, pase lo que pase, yo estrenaré también tu segunda comedia.

—¿Aún crees en mí?

—Claro.

—¿Y me quieres?

—Con el alma.

—¿No te ha desilusionado mi fracaso?

—Al contrario. Como te quiero, *no creo* en tu fracaso.

—Entonces, ¿por qué el público acogió fríamente mi comedia?

—Acaso porque nosotros los actores no supimos interpretarla.

—No es eso. Tú, estuviste admirable. Tu genio es asombroso... No puedo, no puedo creerte. Para

que tú amases, yo tendría que estar a la altura de tu gloria.

—¡Tonto! El cariño no sabe nada de gloria, ni de aplausos, ni de nada... Se quiere, *porque sí,* a lo mejor contra toda lógica; pero se quiere, porque hemos nacido para compartir las ilusiones y los dolores; no para vivir solos e ignorados. Te quiero mucho, corazón, porque es a ti a quien debo mis sobresaltos y mis lágrimas. Por amor se llora; créeme.

* * *

Gerardo Rives espiaba en su mujer los efectos del fracaso de su amante. Con asombro vió cómo se transformaba Carmen en sus espansiones de antes. Repentinamente se convirtió en una mujer serena un poco melancólica. Su alegre reír, semejante a un cántico; su ademán ligero, de juventud dichosa, se transformaban en aquella gravedad encantadora, como de existencia que ha encontrado su fin y razón de ser.

—Ahora es cuando la pierdo—tembló—. Esto no es ya el capricho, la pasión, el amorío, lo que pasa y se olvida: esto es el amor, *su amor.*

Y empezó una vida miserable de suspicacias, imaginaciones indignas; de acechar, de espiar. Registró sus ropas, sus muebles, y encontró fácilmente las pruebas del adulterio: recuerdos, cartas, dedicatorias candentes... Las frases de las cartas quemaban sus manos y escocían sus ojos:

«Eres mi cuerpo y mi alma.» «Te di mi alegría y mi tranquilidad.» «Estoy *llena* de ti.» «Me duelen tus besos.»

—¿Le *duelen* sus besos? ¡Miserable!

El grito se estranguló delante del espejo. Estaban allí los ojos hundidos, el aspecto macilento, el rostro de un viejo... Ya no era posible sostener la mentira.

—¡Viejo! ¡Viejo! ¡Viejo!

¿Qué podría esperar? ¿Cuál era su derecho?

Veintiséis años, Carmen Laura. Cincuenta él. ¡Fuera la mentira! El, cincuenta, más quizá... No tenían calor sus labios, ni vigor sus manos, ni lumbres de deseos sus ojos. Todo mentira. El amor nace con deseos y vive porque desea; cuando los deseos se extinguen se acaba la juventud. Es ley de la naturaleza. ¡Viejo! ¡Viejo!

Allí estaba la carta insultante:

—«¡Qué gusto! Tu carne y la mía son una sola, porque uno solo es nuestro fuego, como una sola y poderosa nuestra juventud. Tenemos la fragancia del hijo de Afrodita. Para nosotros nacen las rosas. Para nosotros—alma, corazón míos—se cubre mayo de flores, rojas unas, como tus mejillas, blancas y tímidas otras, botones de almendro, como tu pureza...»

¿Pura ella? Cuanta mentira. Risa daba el leerlo. ¡Pura ella! Pero ese lirismo perturbador, como el perfume de las flores, primaverales, cautivaba la

credulidad femenina. ¡El no hubiera escrito jamás aquellas tonterías! Eso se quedaba para los jóvenes... ¿Jóvenes? Otra vez la palabra. Como un castigo. Repitiéndose, burlona, contumaz... ¡Jóvenes!... Sí, sí. Era un suplicio, *su* suplicio; porque él detestaba imaginariamente una juventud que no le pertenecía. ¿Cómo iba él a sentir la necesidad de escribir aquellas hipérboles tan poco juiciosas?...

¿Quién le reía ahora al oído?

—¿Juiciosas?... ¿Acaso tú eres juicioso? ¿Tú, que llevas a tu lecho, donde ya tu aliento es débil, una boca tierna que transpira nueva vida?...

Y ese *alguien* se reía... en sus mismísimas narices.

... ...

Un esfuerzo supremo de voluntad de Gerardo, y otra vez la calma, el disimulo, la resignación.

Sin embargo, ya está viejo, irremisiblemente viejo. El alma no sufre en balde. Y pasa que su castigo no se extinga le ha quedado, terrible, la necesidad de espiar. En sus entradas y salidas, en sus perfumes, en sus ademanes, él busca nuevos motivos de tormento; que eso es lo único que consigue con su torpe proceder.

Y calla. Calla para no perderla, para conservarla a su lado.



USENTE algún tiempo el amante de Carmen Laura, ésta recibe, sin que le falte un solo día, la carta amorosa. Gerardo acecha, y rara es la misiva que no lee con una curiosidad morbosa. Diríase que sufriendo goza; es irremediable. Vive en el infierno.

Más un día, súbitamente, la correspondencia de los enamorados toma un giro insospechado.

«Tus deseos—escribe el joven autor—son los míos desde hace mucho tiempo; tú lo sabes. Vivir juntos. Afrontar ante el mundo la resolución de nuestro futuro. No tener que fingir delante de nadie. Que pueda nuestro amor lucirse con orgullo. Sobre todo, vivir juntos. Que tu cuerpo descanse junto al mío; que nuestro amor sea libre y no esté encadenado... Yo también lo quiero, nena: vivir contigo. Sé, pues, valiente, y afronta la situación: sepárate de tu marido...»

...Ni supo rebelarse. Había muerto en él todo impulso. Un frío extraño le estremeció y una lágrima ardiente, abrasándole la mejilla, cayó en sus labios. Amargo sabor el de la lágrima...

Mucho tiempo esperó la llegada de Carmen. Al fin:

—Toma. Tienes carta.

Y poco después.

—Eres libre, Carmela. Puedes irte.

Pálida, con miedo, inquirió:

—¿Sabes?

—Sé

—¿Has leído?

—Sí, he leído... Siempre lo supe, ¿comprendes? siempre lo supe.

—¿Y no me matas?

—No. Busca tu felicidad: tienes derecho...

... ...

—¿Lloras, Gerardo?

—Ya lo vés.

—Tú, ¡un hombre!

—Las lágrimas de un hombre son las que más cuestán.

—¿Me habrías dejado ir?

—Sí.

De repente se le engrandecía la figura del marido. ¿Qué amor era el de aquel hombre? ¿Es que el sacrificio es una virtud excepcional? ¿Por qué sentía debilitarse en ella el fuerte deseo de aban-



—¡Viejo, viejo, viejo!

donar el hogar? ¿No hay en todo amor juvenil una absorción, un predominio, un egoísmo? ¿No había en el amor de Gerardo renunciamiento, desinterés, nobleza? ¿No se había casado ella por reflexión? ¿Había realmente en la vida, antes que todo, deberes?... Al fin, ¿no sería esto un castigo al egoísmo de la reflexión que la llevara a aquel matrimonio?...

EPÍLOGO

La conciencia abre espacios luminosos en las sombras.

—¿Te vas..., mujer?

—No, Gerardo. Me quedo contigo...

FIN

LA NOVELA SUGESTIVA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

UNIÓN POSTAL		OTROS PAÍSES	
Año.....	Pts. 24	Año.....	Pts. 40
Semestre	» 12	Semestre	» 24

PAGO ANTICIPADO

Los números atrasados se venden al mismo precio que los corrientes.

Para reclamaciones por deficiencias de servicio, diríjanse a

PRENSA MODERNA

Apartado 8.012

MADRID